

Presentación

Guillermo de la Peña

En este número de *Estudios Sociológicos* se publican cinco artículos que versan sobre aspectos diversos de la región de Guadalajara (o “centro-occidente”). Los artículos no constituyen una secuencia, ni están escritos de acuerdo con un plan preestablecido; sin embargo forman, en dos sentidos, un conjunto: comparten premisas y discusiones teóricas por un lado y, por otro, el material empírico que presentan tiene ciertas implicaciones recíprocas. Además, se refieren a cuestiones representativas de los problemas abordados por la investigación social en esa región: los cambios en la estructura productiva y laboral durante los años de la crisis; las vicisitudes electorales regionales; la migración internacional de trabajadores en distintos momentos históricos; las relaciones entre género y empleo, y la socialización política de los nuevos pobladores urbanos.

Si la preocupación por la crisis mexicana iniciada en la década de 1980 no es algo que se deriva de planteamientos meramente académicos sino de la experiencia vital de toda la población, repercutirá lógicamente en las estructuras, las instituciones y los comportamientos colectivos e individuales. Más allá de la catástrofe moral y financiera del gobierno federal, la crisis se nos impone en primer lugar como un brusco tránsito económico y político: de un modelo de crecimiento basado en la sustitución de importaciones a otro que pretende fundamentarse en la competitividad internacional; de un sistema de poder autoritario, protector y paternalista a una reorganización política de corte neoliberal que supuestamente llevará a una mayor eficiencia y una mayor democracia. Puede pensarse que ambos cambios son a la vez inevitables y difícilísimos; en cualquier caso, los reajustes sociales que suponen no serán homogéneos a lo largo del territorio nacional sino que estarán fuertemente matizados por peculiaridades regionales.

El artículo de Carlos Alba y Bryan Roberts explora los condi-

cionamientos regionales de los reajustes en el sector manufacturero del centro-occidente. Este sector se distinguía hasta la década de 1970 por cuatro rasgos: rápido crecimiento, orientación a la producción de bienes de consumo destinados al abastecimiento de mercados cercanos, simbiosis con el sector comercial, y predominio de unidades de pequeña escala (muchas de las cuales eran catalogadas como "informales" aunque estaban íntimamente vinculadas al sector "formal"). En los últimos años, el crecimiento se ha frenado un poco (en favor de la "terciarización") y han cobrado mayor importancia las industrias dinámicas y de exportación. Hay también indicios de un comercio más especializado en importar artículos de consumo cotidiano (a expensas de la distribución de los productos locales); sin embargo, la relevancia numérica de la pequeña industria no disminuye, aunque su precariedad aumenta. Si hasta 1980 no podía hablarse de un mercado de trabajo segmentado (por la interdependencia de unidades de distinto tipo y la movilidad de los trabajadores de un tipo de empresa a otro), los años de la crisis parecen apuntar a un mayor aislamiento de las unidades de pequeña escala y de su fuerza de trabajo. Igualmente, mientras en las décadas pasadas comenzó una suerte de ruralización de la pequeña industria que dio sobre todo empleo a mujeres de las ciudades menores y de los pueblos, hoy en día la viabilidad de los talleres rurales es más cuestionable; ciertamente, no se han convertido en una alternativa a la caudalosa migración laboral internacional que caracteriza a ciertos municipios de la región centro-occidente, por ejemplo, los de los Altos de Jalisco.

Dos artículos se refieren a la microrregión de los Altos. Jorge Alonso aborda el espinoso tema de las pugnas políticas locales: sostiene, *inter alia*, la necesidad de examinar cuidadosamente tanto el contexto productivo —donde campea un deterioro de la pequeña ganadería, secularmente dominante en la comarca y ahora subordinada a una agroindustria transnacionalizada— como las relaciones cambiantes entre las viejas y las nuevas élites, por un lado, y el gobierno central por otro. Si la oposición "conservadora" ha obtenido triunfos en las elecciones, ello no puede simplemente explicarse por un conservadurismo innato de los alteños ni por una influencia homogénea del clero —aunque, claro está, la socialización familiar y escolar en un catolicismo tradicional debe ser tomada en cuenta—; es menester comprender las coyunturas en que el descontento de las capas populares puede ser aprovechado por fracciones rivales de las clases dominantes, cuyas alianzas con el Partido de Acción Nacional (PAN), el Partido Demócrata Mexicano (PDM) y

el Partido Revolucionario Institucional (PRI) distan de ser predecibles y unidimensionales. Por su parte, el trabajo de Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí busca detectar el efecto de la nueva legislación migratoria estadounidense (la llamada Ley Simpson-Rodino, o *Immigration Reform and Control Act (IRCA)*) en las prácticas y estrategias individuales y familiares de un municipio alteño —Jalostotitlán— que, desde comienzos del siglo, ha enviado trabajadores en grandes números al otro lado de la frontera norte. Su tema les permite además indagar en la estructura socioeconómica de los poblados y explorar las relaciones que existen entre patrones migratorios diferentes, mercados de trabajo y variables tales como sexo, edad y estrato socioeconómico. Una de sus conclusiones más importantes apunta a los efectos independientes de la nueva ley al precipitar —supuesto un contexto económico local desfavorable— decisiones de legalizar el estatus migratorio, lo cual a su vez ha repercutido en una tendencia hacia la migración familiar permanente. En suma, ambos artículos, tomados en conjunto, apuntan cambios importantes en las formas políticas, en las instituciones económicas y en las estructuras familiares, que deben situarse en un campo magnético donde intervienen fuerzas locales, regionales, nacionales e internacionales, cuyo análisis permite profundizar en el conocimiento de las transformaciones de la última década.

Los artículos dedicados a la ciudad de Guadalajara despliegan información sobre dos temas que sobresalen, en México y otros países, en las discusiones recientes sobre temas urbanos: la construcción del género en los ámbitos laboral y doméstico y las dimensiones políticas y religiosas de las organizaciones populares de vecinos. Las mujeres obreras de cuyas vidas nos hablan Luisa Gabayet y Silvia Lailson pertenecen a hogares que dependen, para su reproducción, del trabajo remunerado de sus miembros femeninos. Más aún, las exigencias del empleo asalariado se han vuelto condición permanente del papel de la mujer de clase trabajadora —en ese sentido, hay una “feminización” del mundo laboral— pero estas nuevas exigencias no parecen modificar el carácter fuertemente patriarcal de la comunidad doméstica. Por el contrario, los valores subyacentes a la división sexual del trabajo y del poder en la familia permean las expectativas y normas en el mercado de trabajo. A su vez, el artículo escrito por Guillermo de la Peña y Renée de la Torre acerca de las asociaciones religiosas vecinales llama la atención sobre la ideología autoritaria de algunas de ellas, que refuerza la ideología autoritaria de la familia. Sin embargo, los discursos religiosos

presentan fuertes divergencias y en ciertos casos su contenido es abiertamente antiautoritario. Con todo, una tesis del artículo es que el significado político de los discursos religiosos depende de su articulación con otras áreas de la vida cotidiana de los actores sociales, y por tanto de la capacidad de las asociaciones para influir en distintas dimensiones de la vida de sus miembros. Al respecto, se examinan en detalles las funciones de gestión urbana e intermediación política que caracterizan a ciertos grupos parroquiales, a ciertas Comunidades Eclesiales de Base y a una poderosa iglesia fundamentalista. Puede incluso afirmarse que la economía política de la urbanización en Guadalajara ha sido en buena medida matizada por el papel de los grupos religiosos. Otra conclusión ineludible es que —como también lo planteara el estudio de Alonso sobre la política alteña— el análisis de los fenómenos religiosos resulta necesario para entender la naturaleza de los movimientos sociales en la región centro-occidente. Si bien esta conclusión no es nueva, apunta a una tarea urgente y enorme.